

CONFERENCIA SEGUNDA.

SOBRE LA CONCUPISCENCIA EN GENERAL.

Señores: Hay en la Escritura una palabra, cuyo sentido profundo el siglo va perdiendo de día en día, y sin el cual no entenderéis jamás lo que es *progreso*, porque aquella palabra resume en un compendio divino todos los obstáculos al progreso moral, condicion necesaria del verdadero progreso humano. Esta palabra es: *la Concupiscencia*. Todo lo que hay en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.*

La palabra concupiscencia tiene en los libros de filosofía humana sentidos muy diversos, de los que no debo ocuparme. Yo tomo aquí esta palabra según la significación que le da la Escritura en este texto famoso que acabo de citar; y en este otro también, que encierra toda una filosofía del hombre: «Cada uno es tentado, atraído y seducido por su propia concupiscencia.» Tomada en esta acepción eminentemente bíblica, la concupiscencia no es otra cosa que el hogar de las pasiones humanas: son las pasiones mismas, pero las pasiones en cuanto se desvían de su fin, y empujan á los desórdenes. En una palabra, la concupiscencia son *las pasiones vueltas contra su propio objeto*. Esta es la hidra que perpetuamente vive, y que arruina vuestras virtudes y devora vuestro progreso: hidra terrible, desatada sobre el mundo por la culpa original, que volviendo contra su propio objeto las pasiones dadas al hombre para conducirle á Dios, echó en el seno de la humanidad ese perseverante antagonismo al verdadero progreso

humano. Este es el obstáculo al progreso moral, y lo que yo llamo, para que la palabra tenga relacion con la idea que aquí desenvuelvo, *la fuerza retrógrada*. Esto es lo que vais á ver en este discurso de una manera general, y que veréis mas por menor en los discursos siguientes.

La concupiscencia es en la humanidad *la fuerza retrógrada*, porque por su misma naturaleza todo lo trastorna y arrastra consigo en un sentido opuesto á nuestra marcha progresiva; por manera que, á causa del movimiento que ella imprime á la humanidad, las ideas, los afectos y los actos, es decir, todo el hombre camina hácia la inevitable decadencia, apartándose del objeto del verdadero progreso.

I. El primer efecto, que produce en la humanidad esta fuerza retrógrada, es trastornar las inteligencias, y echar la perturbacion en el mundo de las ideas.

Hay una cosa, que es, sobre todas, necesaria á la efectuacion del progreso humano: es la vista clara y distinta, la inteligencia universal de las grandes verdades que son el resorte del movimiento, y el sustentáculo de la vida moral de las naciones. Las sociedades, en los diversos períodos de su vida, ejecutan una especie de revolucion al rededor de ciertos principios inmutables de justicia, de orden y de armonía. Cuando la humanidad contempla y va en busca de estas verdades, de las cuales Dios mismo es el lazo eterno, entónces las generaciones suben, y esto es el progreso: por el contrario, cuando la humanidad las pierde de vista, y se aparta de ellas, entónces las generaciones bajan, y esto es la decadencia. Los cuerpos ejecutan al rededor de sus centros movimientos necesarios. Las almas ejecutan al rededor de estos principios movimientos libres.

Esas ideas ¿cuales son? Son las que determinan las relaciones esenciales entre el Criador y la criatura: un Dios personal, infinito, libre, criador y providencia, providencia general por lo que toca al conjunto de los seres criados, providencia especial por lo que toca á cada ser en particular; la vida futura, la inmortalidad; las recompensas y los castigos eternos, con la sancion suficiente á la ley moral; la adoracion, la oracion, el culto, la religion verdadera, es decir, lo que pone al hombre en un comercio eficaz con Dios. Esas ideas ¿cuales son? Las que ponen á los hombres en las necesarias relaciones que deben tener los

unos con los otros: la obligacion de obedecer á las potestades legítimas y establecidas; la justicia distributiva, el respeto al derecho ageno; la gerarquía social, que se encuentra con la igualdad natural sin excluirse; la autoridad unida dentro del orden con la libertad; la fraternidad, la caridad, el sacrificio de sí mismo; la ley natural, regla infalible y medida eterna de todas las leyes que concurren al progreso de la sociedad.

Esas ideas ¿cuales son? Todo lo que pone el orden en el hombre mismo: la distincion substancial del cuerpo y del alma, y la dependencia gerárquica entre el uno y la otra; la diferencia esencial entre el bien y el mal, grabada en el fondo de la conciencia; la libertad moral; la responsabilidad individual; la obligacion de resistir á las pasiones, de gobernarse por el deber, y no por los instintos; la necesidad de considerar á la familia superior al hombre, á la sociedad superior á la familia, y á Dios superior á todo.

Tales son en compendio las grandes verdades conservadoras del orden moral, principios verdaderamente progresivos, que la humanidad debe tener á la vista sin cesar, para acercarse siempre á ellas mas y mas con las realidades de la vida.

Pero entre estas verdades nunca perecederas, centros fijos, al rededor de los cuales la humanidad ejecuta sus marchas progresivas, hay una que es como el centro de todos estos centros, punto culminante y eminentemente central, hácia el cual debe aquella dirigirse siempre para caminar hácia el progreso: tal es *la idea del último fin*. Esta idea, por lo que toca al progreso moral y á todos los progresos que de él dependen, es la idea suprema, es la idea madre, es la idea principio. Ella constituye en cierto modo, junto con la idea del origen, el eje del mundo moral; ella es la estrella polar del verdadero progreso que hace marchar el mundo.

Ya lo hemos establecido: todo progreso es una marcha hácia el fin, y no hay progreso posible sino con la condicion de que todo marche con orden hácia el último fin. Si se admitiera un instante, que un movimiento de la vida, desviándose de su fin supremo, pudiera ser un progreso, ya no habria posibilidad de entenderse sobre el sentido de esta palabra: *el progreso*. Vosotros podeis dar la importancia que querais á todas vuestras tentativas para realizar el progreso; inventar las

denominaciones mas ilustres para nombrarlas delante de la muchedumbre; si en todo y por todo no mirais el fin y no buskais el objeto, vosotros no subiréis realmente: el fin está arriba; el que no pone la vista en él para subir allá, debe por precision bajar.

Y siendo esto así, ¿en qué consiste que los hombres pierden súbitamente de vista estos principios eternos, que reglan y miden nuestros progresos en el tiempo? ¿Qué es principalmente lo que hace desaparecer de nuestra vista ese astro mas luminoso y mas atractivo que todos los otros, el cual, iluminando nuestro camino, nos atrae hácia él en un progreso que debe consumarse en él mismo: *el último fin*? ¡Ah! una sola cosa, Señores, la *concupiscencia*! Cuando ella se apodera de los pueblos, y suelta sobre el mundo las tres grandes pasiones que la componen y en las que se funda su vida misma: cuando el mundo, en donde ella reina como soberana, ha llegado á ser lo que la Escritura ha llamado muy bien: *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la vida*; entónces el mundo se enturbia y nace la obscuridad en las almas. Ayer todavía la concupiscencia era vencida, las pasiones obedientes: la vida era radiosa, las ideas estaban en el fondo de las almas como estrellas puras en el centro del firmamento: era fácil ver su orden, su armonía y su firmeza. Nada costaba con su luz bogar hácia las playas encantadas del progreso.

Hoy la concupiscencia ha llegado: el deleite, el orgullo y la codicia han obscurecido la atmósfera de las almas con su pésimo aliento: el fuego de la concupiscencia ha caído en todas partes y se ha pegado á todas las cosas, y de todas ellas ha salido un humo espeso, semejante á aquel humo del abismo que obscurece el sol: y en efecto, el sol ha desaparecido: *supercecidit ignis, et non viderunt solem*. Y no queda mas que la noche, noche de tempestad, en la que apenas se ven las estrellas.

Entónces, si en esta noche en qué la humanidad boga incierta, entrevé todavía algunas ideas; esas ideas inciertas, fluctuantes, nebulosas, no le sirven ya para dirigir su carrera.

En esta sazón llegan aquellos días nefastos, en qué los hombres, no pudiendo sufrir mas las sanas doctrinas, se fabrican, á medida de sus deseos, doctores que halaguen sus oídos; y las almas, sordas á la voz de estas verdades simples é inmortales que sostienen el mundo, se

vuelven á las fábulas inventadas ayer para satisfacer todos los instintos perversos: *Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur*.

Entónces aparecen hombres, tales como los hemos visto tambien nosotros en estos últimos tiempos, *in novissimis temporibus*, apóstatas de la verdad, teniendo el alma abierta á los espíritus de error, y atenta á las doctrinas de los demonios: *attendentes spiritibus erroris et doctrinis dæmoniorum*.

Entónces acuden de todas partes los impíos que niegan á Jesucristo Dios, que hacen servir los dones y la gracia de Dios á la práctica de la lujuria: *impii, Dei nostri gratiam transferentes in luxuriam, Jesum Christum negantes*: amancillando su propia carne, despreciando la dominacion, y blasfemando contra la magestad; *carnem maculant, dominationem spernunt, majestatem blasphemant*: sin temor de Dios, alimentándose de goces, atracándose de placeres; *convivantes sine timore, semetipsos pascentes*: doctores extraños, que el Apóstol no sabe como llamarlos, y sin embargo los llama de una vez nubes sin agua, esparcidas por los vientos; *nubes sine aqua, quæ à ventis circumferuntur*: olas del mar embravecido, arrojando á las playas la espuma de sus confusiones y de sus torpezas; *fluctus feri maris, despumantes suas confusiones*: árboles sin fruto, *arborea infructuosæ*; dos veces muertos, y dos veces desarraigados, *bis mortuæ, eradicatæ*: astros errantes, *sidera errantia*: genios separados de su centro, y que en realidad no tienen mas poder que para la aberracion: espíritus verdaderamente *desarraigados*, arrancados de sus propias bases, y puestos por la concupiscencia en lucha y en antagonismo con el sentido comun, ese genio de la humanidad.

Entónces es cuando se sientan los grandes errores, y se proclaman con audacia, en la publicidad de las inteligencias consternadas, delante del reinado del absurdo, de la mentira y de la blasfemia.

Vienen lógicos, y dicen: «Entre el bien y el mal la diferencia no es mas que nominal. Lo inmutable es una frase que no tiene sentido; lo absoluto no existe, no hay mas que lo relativo, eternamente variable; lo que es verdad hoy, será falso mañana.»

Vienen moralistas, y dicen: «Todas las pasiones son santas, todos «los instintos son legítimos; la represión es un crimen, el antagonismo «un error, la lucha una locura. En el hombre no hay mas que armonía; y la libre expansión es toda la ley de la humanidad.»

Vienen reformadores, y dicen: «La desigualdad es una tiranía, la «gerarquía un despotismo, la riqueza una usurpación. El despojo es «justicia. La propiedad es el robo, y el gobierno es la anarquía.»

Vienen metafísicos, y dicen: «El paraíso es una *fábula mitológica*, el infierno un espantajo: no hay infierno, no hay paraíso; el «infierno es la miseria del pueblo sobre la tierra, y el paraíso es su «goce.»

Vienen por fin teólogos, que dicen: «Dios, es la naturaleza; Dios, «es el grande todo; «Dios, es la ley de los mundos; Dios, es la humanidad; Dios, «es yo mismo!» Y elevando hasta su última potencia el absurdo y la blasfemia, hasta se encuentran algunos que dicen: *Dios, es el mal!*

Así es, que de todas partes aparece en el mundo de las ideas un trastorno radical: las nociones de las cosas no solo son alteradas, sino que son trastocadas. La verdad se llama lo falso, lo falso se llama la verdad; el bien se llama mal, y el mal se llama bien; la noche dice: *Yo soy el día*; y ella dice al día: *Tú eres la noche!*... Las palabras mienten á las ideas, las ideas mienten á las cosas; y las cosas á su vez parece que quieren mentir á los hombres y á Dios. Literalmente, *las inteligencias son trastocadas!* Y para colmo de miseria intelectual, se llama progreso ese trastorno del sentido común, y se llama sabiduría ese reinado de la locura. *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.*

¡Horas fúnebres en la vida de las naciones, en las qué, produciendo la corrupción general en cada uno y en todos como un vértigo universal, da á la tierra el espectáculo de un pueblo loco!... Sí, Señores: á la manera que la concupiscencia da el vértigo á un hombre, y puede llegar hasta volverle loco; así también la concupiscencia da el vértigo á un pueblo; y puede llegar hasta causarle la locura!... Locura de los hombres ó locura de los pueblos, locura individual ó locura colectiva, es siempre una misma cosa, esto es, la concupiscencia, ó el reinado de las pasiones revolviendo el mundo de las ideas, trastocando las inteligencias, y *trastornando* los espíritus.

Entonces se verifica aquella palabra de la Escritura: *non est intelligens, neque requirens Deum*. Nadie comprende ya, ni el misterio del destino, ni el misterio del progreso. Nadie busca ya á Dios que es su término y su consumación. Todos se han desviado de su objeto, *omnes declinaverunt*, todos han declinado. Las naciones se han perturbado, y los reinos se han inclinado: *conturbatae sunt gentes, et inclinata sunt regna*.

II. Pero la concupiscencia no solo revuelve las inteligencias, sino que revuelve los corazones, especialmente en este sentido retrógrado. Al mismo tiempo que ella obscurece el cielo de las ideas, quitando de la vista de la humanidad los *principios* eternos, en torno de los cuales se realiza el movimiento del progreso, y sobre todo la idea del último fin; ella produce también en el fondo de los corazones una depravación que los precipita hácia decadencias aun mas profundas.

Nos hallamos, Señores, en lo mas interesante del asunto, y vamos á tocar el punto generador de todos los progresos y de todas las decadencias. Dignáos por algunos momentos redoblar vuestra atención.

El progreso, en su noción mas sencilla y mas profunda, es todo aquello que aproxima el hombre á Dios; porque Dios es centro, Dios es fin y corona de todo. Bajo este supuesto, el movimiento progresivo, hablando con toda propiedad, no es otra cosa que el movimiento que hace subir el hombre hácia Dios, y asemeja mas y mas la vida humana á la vida divina. Si el progreso es otra cosa, yo no puedo entenderlo; y esta bella palabra no es mas que una bandera de irrisión que los pueblos degenerados levantan sobre sus cabezas para encubrir sus decadencias. Pero, por mucho que trabaje el error para alterar su verdadero sentido, la noción del progreso no perecerá: él será siempre, tanto por lo que respecta á la razón como por lo que mira al Evangelio, lo que nosotros lo hemos nombrado: *la libre gravitación del hombre hácia Dios*.

Así pues, el problema radical del progreso está reducido á saber: ¿por donde los hombres se aproximan ó se alejan mas de Dios? ¿qué es lo que hace gravitar al hombre y la sociedad hácia Dios? ¿qué es lo que se lleva lejos de Dios, tanto al hombre como la sociedad? Es imposible, como veis, en la cuestión que nos ocupa, tocar en el fondo del asunto un punto mas decisivo.

Así pues, Señores, hé aquí mi respuesta á esta cuestion, que debe decidirse junto con el progreso moral todos los otros progresos. Lo que hace gravitar hácia Dios, no solo al hombre sino tambien la sociedad, es, tanto en el hombre como en la sociedad, la concupiscencia vencida. Lo que se lleva léjos de Dios al hombre y la sociedad, es en el hombre y la sociedad la concupiscencia triunfante.

Hay en la vida del hombre como hay en los cuerpos, aunque en un sentido bien diferente, lo que se puede llamar un centro de *gravitacion*; y segun que el hombre por ese centro vital se dirige libremente á su centro supremo ó se aparta de él, hay progreso ó hay decadencia.

¿Cual es ese centro, y qué nombre debo darle? ¿Como llamais vosotros mismos lo que en la vida vuestra se lleva consigo todo el movimiento de la vida? Ya lo habeis dicho: *el corazon*; el corazon, doble foco de mi vida moral y de mi vida física, hé aquí mi centro de *gravitacion*. Yo sé que hay sabios que niegan la soberanía que los pueblos atribuyen al *corazon*. Esos tales quieren que desaparezca lo que ellos llaman el prestigio y la poesía del corazon. No dejemos á la fisiología el derecho de detenernos en camino: si la palabra es controvertible, dejémosla, y no hablemos mas del corazon, sino de la realidad poderosa que todos queremos indicar con esta palabra, y digamos: en el centro de la vida humana, hay una cosa, que con su movimiento da la impulsión á toda la vida. Esta cosa, que los impuros han profanado, pero cuyas profanaciones no pueden prohibir á la palabra sagrada el que pronuncie su nombre, es el amor! sí, el amor; hé aquí el centro de *gravitacion* humana. En aquella parte de allá hay la vision que parte de la cumbre de la inteligencia, esa luz de la vida; en esa otra de acá hay la direccion que parte del dominio de la voluntad, ese gobierno de la vida: aquí en lo mas profundo y mas íntimo de nuestro amor, reside la impulsión de la vida. La inteligencia considera, la voluntad manda, pero el amor es el que marcha. El amor aspira, el amor llama, el amor se abalanza, el amor se precipita; en una palabra, el amor gravita, llevándose consigo todo lo que gravita al rededor de él.

Ved el cuerpo que rueda; por todas las partes adonde va, es su peso el que lo arrastra: ved mi vida que marcha; por todas las partes adonde voy, es mi amor el que se me lleva: *Quocumque feror, amore feror!* Voy al oriente; es el amor el que me empuja: vuelvo al occidente; él

es el que otra vez me trae. Voy al medio dia; es el amor el que me grita: vamos á ver las zonas ardientes del ecuador: voy al norte; él es el que me grita: vamos á contemplar el cielo mágico de las auroras boreales. Quiero gozar; es el amor el que me grita: vamos á sumergirnos en el rio del placer que embriaga: *Vadam, et fruar deliciis*. Quiero sufrir y crucificarme; él es el que me grita: subamos al Calvario, vamos á llorar á los piés de Jesucristo. Por todas partes es él, siempre él, el que es mi impulso, mi fuerza, mi movimiento: *Quocumque feror, amore feror!*... Y no lo extraño: porque este amor que llevo en mí, ó mas bien, este amor que me lleva á mí mismo, es el peso de mi vida, es decir en el sentido mas riguroso y mas exacto, mi *gravitacion* misma: *pondus meum, amor meus*.

Así es, que allá adonde va mi amor, allá van mis pensamientos, allá mis deseos, allá mis aspiraciones, allá mis acciones, allá mis gozos ó mis dolores, allá mis virtudes ó mis vicios, allá mis progresos ó mis decadencias. Cuando este amor es ordenado, todo está en el orden; cuando él es desordenado, todo está en el desorden. Cuando este amor sube, todo sube, y yo me hallo en el progreso; cuando este amor descende, todo descende, y yo me hallo en la decadencia.

Por lo que, todo el misterio del progreso se halla en el fondo de este problema práctico, el mas importante y el mas decisivo de toda la vida: hacer subir ó descender el amor; que es lo mismo que decir: poner el orden ó el desorden en el amor.

Pero el desorden en el amor es la concupiscencia misma. La concupiscencia, tomada en su esencia, puede definirse en estas dos palabras: la perversión del amor, ó el amor *trastrocado*. En esta sola palabra teneis la filosofía de las pasiones humanas, la teología de la concupiscencia, y puedo muy bien añadir: la ciencia del progreso. Con el golpe terrible de la caída original, el *amor*, unidad viva de todas las pasiones, criada para conducir al hombre á su último fin, se ha vuelto contra su objeto, es decir, contra Dios mismo: así, separado de su centro divino, se llevó consigo al hombre y todas sus potencias en un movimiento terrestre y retrógrado. De ahí resulta que el progreso, es decir el movimiento de abajo arriba, no puede haberlo en el hombre sino mediante una *reaccion* libre y fuerte contra esta *gravitacion* que se lleva léjos del infinito al amor separado de su centro verdadero.